

Antonio Rivera Mendoza



Los sueños
y sus cuentos

Los sueños y sus cuentos

Antonio Rivera Mendoza

*Los sueños
y sus cuentos*

*Para Elizabeth, que ennoblece la naturaleza, la
del sueño y la vigilia.*

quier
, sin
eyes.

y, siempre, para Ela. Mo y Piero

Prólogo con el café

Sueños. Es sabido que a Borges le gustaban. Los contaba y hacía que se los contaran. Un biógrafo suyo llegó a afirmar, falsamente según otro biógrafo, que se había divorciado de su primera esposa porque ella no soñaba.

Es lógico que le gustara soñar: Borges, ciego, era cuando sí podía *ver*.

Es muy difícil trasladar un sueño a un relato y que siga siendo un sueño, todavía más, a un cuento; como escribe Alejo Carpentier de la imposibilidad de enmarcar un sueño, en una crítica socarrona a los pintores surrealistas.

Pero, cuando volvemos de un sueño lindo y raro, parece un desperdicio no referir esta especie de ejercicio de la imaginación oculta.

Hay sueños que pueden ocasionar un relato, otros, que servirían de pie para un cuento y otros más, que caminan desnudos. Los que están para olvidar, ya nacen olvidados.

El lector, si hubiera alguno, podrá reconocer a cuál pertenece éste o aquél.

Todos los argumentos de estos objetos literarios han sido soñados por el autor. Algunos han sufrido la ilación *necesaria* para su presentación en forma escrita; los demás son el sueño y la imaginación en la vigilia; unos con más lesiones que otros, pero todos conservan el fundamento onírico. En alguno, la trama original ha sido vencida por la escritura. Hay, además, los que navegan por la página en una frase o párrafo absurdos, tal como fueron dichos en la noche; si no te causa emoción alguna, simula que está aquí como órgano de un cadáver exquisito.

Al final del libro, si alguno ha tenido la generosidad u osadía de haber llegado hasta allá, hay un texto, me habría gustado llamarlo ensayo para un ensayo, sobre la función de los sueños, pero, es puro cuento.

Cuar
desd
en el
la pa
a mí
para
pant

cer a

arios

han

ación

o y la

iones

mento

sido

s que

rrafo

oche;

e está

.

lo la

hasta

marlo

de los

i

Cuando llegamos y Mark Ruffalo abrió el portón desde el coche, vi que la pantera estaba dormida en el patio. Se apeó primero Mark y fue cuando la pantera le atacó y mató; se volvió entonces a mí. Con la primera dentellada desperté, justo para ver a través del portón que se abría, a la pantera que dormía plácidamente en el patio.

Dr. King

H. había ido de vacaciones a Estados Unidos. Paseaba por Washington con sus amigos de la infancia, inmigrantes, cuando se toparon con una iglesia donde Martin Luther King Jr. solía predicar. Decidieron entrar a curiosear el culto. La nave no estaba llena, pero había un buen número de personas que escuchaban en silencio a un pastor lejano. Él y sus amigos se situaron atrás, en silencio, al poco rato roto por la voz del siempre animoso y parlanchín H., y hoy líder del grupo de amigos bolivianos. H. se dirigió bajito a ellos y les dijo que el inglés aventajaba al español en relación al sueño (había partido su disertación con el "I had a dream" del Dr. King). A medida que contaba lo que quería contar, su voz se elevaba un poco y atraía la atención de los ajenos más cercanos. Especulaba que la famosa frase del luchador

negro por los derechos civiles, se traduciría al español como "tuve sueño" o, forzó, "tuve ganas de dormir" porque no hay palabra que diferencie del sueño de dormir al sueño de anhelar.

No pudo sustraerse a la tentación del "quería irme a dormir" lo que habría desvirtuado el discurso civilista", rió, ya sin recato.

Esto suscitó un murmullo de risas en su reducida audiencia, que no pasó desapercibido a dos negros gigantes que estaban cerca. Deliberaron éstos y uno se acercó, lo tocó y movió su índice atrayéndolo, se volvió y salió con su amigo de la sala. H. no pudo no seguirlos. Afuera, solo entre esos dos colosos y otro más delgado, pero revestido de cierta autoridad, se veía al boliviano dar, rogando, explicaciones entre descorteses empujones.

ría al
ganas
encie

uería
do el

ucida
dos
aron
ndice
go de
solo
gado,
eía al
entre

Rx

“Se me posó una paloma...”, comenzó su anécdota y nadie escuchó la continuación porque sus amigas prorrumpieron en carcajadas.

Pero, efectivamente, una paloma blanca se había posado por segunda vez en su hombro, en la Plaza López de Rosario, y le habló: “si corrés no puedo mantenerme aquí y tengo algo que decirte!”,

- ¿Qué?

- Que pidás a esas personas el papel que la señora tiene en la mano y lee.

Ella obedeció. Era la receta de una medicina para evitar la ceguera.

Pelinejo

Llegué al cine en la escena en que perseguían al conejito. La acechanza de un helicóptero y los cazadores que se acercaban a pie le convencieron de internarse en el bosque. Pero, esta decisión fue tardía. Los perseguidores tenían ya su rastro seguro. La captura era inminente. Entonces, el conejito resolvió huir del ecran. La muchacha lo adivinó y fue a esperarlo allá adelante, en el proscenio, con un deseo sincero de cuidarle como su amada mascotita. La salida del conejito fue un desastre, porque ocurrió en el momento en que la cámara lo tomaba en un primer plano. Salió, entonces, un enorme conejo que aplastó a la muchacha y sus buenas intenciones y se fue del cine dejando su gran huella roja en el pavimento.

Hoyitos

Durante una de sus peleas automovilísticas, llegaron al insulto leve. Les faltaba todavía mucho para decirse las frases duras, esas que en las películas son las que pasan el punto de retorno. El asunto que los traía tan alborotados era que qué camino seguir para llegar con mayor facilidad a la casa de sus amigos. Ella decía que por el puente elevado de La Muyurina y él, que no debían cruzarlo, sino seguir por la avenida Villazón. Ganó ella.

Subieron el tramo que se ve desde la calle y, cuando llegaron arriba, él debió apurarse en apretar el freno: la calzada allí estaba convertida en un jardín, en medio del que se había diseñado un primoroso campo de golfito.

Él estaba a punto de proferir un iracundo y triunfal “¡ves!”, pero el rostro de su mujer lo

detuvo: estaba extasiada, y con ella en ese estado, no se discute.

Milagros

El junio que apareció en este rincón andaluz, los pocos que le vieron llegar lo anotaron en su memoria.

Más adelante, al verlo caminar y mirar con esos ojos de paz y compasión, muchos comenzaron a quererlo, luego a respetar y, finalmente, a admirar cuando decidieron creer que bastaba una mirada suya para obrar lo que sus almas modestas llamaron milagros.

Esa admiración se profundizó y lo ascendieron sin asambleas ni comicios, sino con la misteriosa sociedad del deseo, la carencia y el misterio: ya tenían un santo propio.

Era una santidad de respeto mutuo. El santo no sabía que lo era, y sus fieles lo veneraban en la clandestinidad. Hasta que se fue.

Un día se afeitó la barba rubia y dejó un bigote claro, se convirtió en un hombre y como tal partió. Nadie lo vio marchar porque todos cerraron los ojos. Al fin tenían un santo sin la perturbación de su presencia física. Después, se volvió la efigie del santo que sacaban una noche de julio en procesión desde la casa del último que lo tuvo un año, hasta la del siguiente que alojará ese honor. En la memoria de la comarca sólo queda esa santidad y la ignorancia de su origen. Pero yo sí lo sé, porque el santo es mi amigo.

Vino de Cochabamba y sólo diré que se llama M2G, y llegó a este pueblito cercano a Alhaurín el Grande, a visitarme. Casi no lo reconocí detrás de la larga barba que traía. Después de una estadía muy grata -opípara y luchando contra el fuego del clima con botellas y cañas-, que me pareció cortísima, blandió su vieja y reluciente navaja barbera, la afiló en el cuero del cinturón confeccionado por él mismo, se dejó el bigote, y partió a otros países del continente.

Sólo años después caí en cuenta de que ese santo, barbudo como tantos, que pasa en sobria procesión alguna noche de verano, cerca de mi casa, tiene un semblante vagamente familiar.

Post Data:

Aquella visita y la santidad clandestina, me dejaron un poso de inquietud moral que duró algunos años, ¿era justo dejar que gente simple creyera en la santidad de un ser humano que *solamente* era bueno?

Me puse a revisar las etapas que pasamos juntos, desde la niñez. Me sorprendieron algunos hallazgos. De vez en vez es necesario echar un vistazo, con los ojos ciegos a la realidad de afuera, para ver nuestro interior donde habitan, inquietos por salir a la luz, los recuerdos. En ellos se encuentran lecciones y revelaciones que cuando fueron construidos pudimos no haberles dado importancia.

Los niños viven los portentos como si fueran la vida corriente. Se los ve caminando por las calles prosaicas de su ciudad, aparentemente obedeciendo las normas que les exigirán los adultos cuando sean adultos, pero recorren caminos diferentes, entregados a sensaciones e ideas, a actos que nada tienen que ver con eso, el mundo que transitan es vasto y diferente a semáforos o tareas del colegio, aunque estas cosas puedan, a veces, ser el principio de su anarquía fecunda. Luego, la escuela los vence, pero no a todos.

Como tenía mucho que ver con el espíritu, el niño M2G luchaba por ser práctico. Quería asir el mundo y lo volvía mágico, pero no sólo retóricamente mágico. Convertía las cosas en otras cosas; las desvelaba, las despojaba de la pátina de la cotidianidad. No era solamente arte, era arte y algo más, lo que quizás es una definición de milagro.

Como el puñal largo, brillante, afilado y de una forma inédita, emergido de la plancha de un vulgar muelle de camión, tirado en el polvoriento camino de la Cala Cala de mediados del siglo XX. Nadie habría pensado que "dentro" de ese pedazo de acero oxidado podría estar un objeto tan vivo, revelado por las manos y la mente de ese niño-adolescente. Y en el ahora lejano, escucho a Federico García Lorca que le cantó antes de que nacieran cuchillo y niño, "¡Qué perfume de flor de cuchillo!", aquí cerca de Alhaurín, en Granada.

O esa vez que íbamos pasando por los escombros de lo que había sido un viejo edificio. Él miró adentro y se introdujo en lo que quedaba de una habitación que había sido peluquería. Salió cargando los restos de un sillón. Solo quedaba el armazón de madera revestido de suciedad y vestigios de pintura blanca; los brazos del

mueble terminaban en cabezas de cisnes talladas toscamente. Cargó hasta su casa lo que muchos veían como un trasto muy próximo a la basura. Durante unos días no lo vimos, hasta que nos arrastró al patio de su casa. Allí nos presentó al nuevo sillón de peluquero. Por sí mismo ya podría haber sido considerado un milagro: despojado de la mugre en sus más íntimas hendiduras, lijados y colados los desvencijados cuerpo y extremidades, dotado de un nuevo asiento y pintado con blanco cariño, estaba un irreconocible, brillante, sillón de peluquero. El mueble que había "sufrido" el milagro de la resurrección, el *lázaro* de los sillones de peluquero llamado "afuera" de su sepulcro de desechos, por el arte de M2G, estaba todavía para otra sorpresa.

El primero en subir, tomándose de las aves que parecían sonreír, fue él. Estrenó el sillón y habló desde allí. Dijo frases en una lengua desconocida, incomprensible, hasta que unos minutos después nos sorprendimos entendiéndola. Él hablaba lo que más tarde sabríamos que era el idioma braco, y a los demás amigos nos sonaba tan familiar como el castellano. Cuando bajó del sillón, se mostraba, como todos, divertido y asombrado. Alguno

le dijo unas palabras en braco, que todavía conservaba, pero ni él, ni nadie las entendió, incluido el que las repetía. Otro se animó a trepar al sillón y ocurrió lo mismo que antes: habló fluidamente en braco a una audiencia que lo comprendía sin inconvenientes. Así fuimos desfilando como ocupantes del mueble y divertidos hasta la locura. El sillón obraba el milagro de hacernos hablar y comprender ese idioma extraño, ciencia que perdíamos en cuanto se desocupaba. Fue el segundo milagro de ese día.

Otra tarde, M2G apareció en la plazuela Quintanilla, con algo en una caja de cartón. La abrió y sacó de ella un reloj despertador o, mejor, lo que había sido uno. Éste mantenía casi todo lo que tiene un reloj, menos lo esencial: no tenía minuterero ni horario y, por lo tanto, no daba la hora. Pero, "andaba". M2G respondió con naturalidad a nuestra mirada interrogante e impaciente: "es un corazón de fierro".

Su arte, su alquimia, su genio, habían despojado al reloj despertador del atributo que nos señala el camino a la muerte: el tiempo medido, y le habían conferido el don antagónico a su naturaleza: el latido de la vida.

Además, hizo que, como corazón, tuviera la virtud del movimiento perpetuo y ya no necesitara que se le diera cuerda para latir, la mariposa que servía a este acto suicida también le había sido amputada.

La infancia y su amistad tiene el poder de anular el tiempo, lo que dura es eterno. Lo que vivimos en el universo de unas cuantas calles y plazuelas formaron un instante infinito sin pasado ni futuro.

El corazón de fierro de M2G expresa ese milagro.

En Andalucía lo supieron.

Le ciel sur la tête

Por alguna razón, Bobby quería entrar desesperadamente en el bosque, pero no como normalmente lo hacía. Ahora, se lastimaba el cuello tirando de la trailla que asía la mano regordeta y firme de ella. Déjalo, le dijo su marido, total no hay peligro en el parque, es grande...

Entraron detrás del perro que voló internándose entre los árboles, más altos cuanto más adentro estaban. Tomados de la mano se sentían más seguros ante el húmedo peligro que parecen tener los bosques de esta parte del país. Y con todas esas películas que vemos... dijo en voz alta y nerviosa, ella, colocando la frase en el lugar exacto de la conversación mental que mantenía con su esposo.

Pasarían unos veinte minutos; ya extrañaban los ladridos de Bobby, cuando lo vieron sentado

con la mirada clavada en lo alto. Llegaron hasta él y alzaron también los ojos.

Vieron que el cielo sobre los árboles era una especie de inmensa red que rozaba las copas más altas y cubría el bosque hasta donde la imaginación reemplazaba a la mirada. Hacia ella volaban unos pájaros blancos, como necesitados de atravesarla, pero era un esfuerzo vano, ese cielo parecía estar tejido de acero. Chocaban las aves y caían hasta recuperarse en el aire y volvían con más ímpetu. En cada rechazo celestial se laceraban y teñían del color de su sangre. Por eso se notaba que las más veteranas eran las aves rojas.

La esperanza de Bobby nunca fue satisfecha.

(La pareja y Bobby están sentados en la vagoneta, a la puerta de su casa, temblando todavía. No saben si contar a sus amigos u olvidar aquel día. Los humanos les creerían locos y mentirosos. Los perros también).

Turismo en el DF

En Ciudad de México un turista debe saber que puede caminar con toda tranquilidad, hasta que aparece un elefante.

Entonces debe irse de prisa en sentido contrario, si por fortuna tiene el tiempo de hacerlo.

Estos elefantes tienen algún parecido al que habitaban Gavroche y sus hermanitos, en París, pero la diferencia está en que los de México están vivos y deambulan por la gran ciudad. Sus inquilinos son sicarios, ladrones, asesinos, que se esconden y moran entre los pliegues de su rugosa y laberíntica epidermis. De esa manera el elefante se pasea por la avenida Reforma, donde está la oficina central de la Policía, o por el Zócalo, va a la Zona Rosa o se refresca en Xochimilco los días calurosos, sin revelar el peligro que viaja en él.

Al contrario, los niños están encantados con la proliferación de tan extraño ser con dos colas y lo saludan y acompañan felices, y le tiran maníes, como han aprendido de los cuentos.

Está demás decir que los habitantes del paquidermo no asoman si hay una concentración relativa de personas y, menos todavía, si hay niños. Simplemente siguen durmiendo.

Los elefantes están contentos con esta malvada carga porque en su código moral de elefante no existe el bien y el mal humanos. Para ellos el bien es el comer y el mal, pasar hambre.

Cuando aparece aquel turista desprevenido, el gran animal obedece una orden misteriosa, se detiene, y de él desciende la gavilla para asaltar y matar. En un doblar y desdoblar de trompa vuelven los pillos a su hábitat, lo premian con opípara cena si es de tarde o almuerzo, si mediodía, y el elefante sigue su itinerario inocente.

on la
colas
tiran
os.

del
ación
i hay

lvada
te no
los el

do, el
sa, se
saltar
ompa
mian
erzo,
erario

Fruta cybestre

Fue en la reunión de amigas, esa vez en casa de la exministra, la que hacía ostentación de las casas y cosas adquiridas durante sus funciones como ministra del coronel. Ésta era una de las que había cosechado. Sus autos estaban estacionados en caminos de los jardines.

Cultivaban para la dueña de casa un huerto de frutales, al fondo de la mansión.

“Llévense flores y frutas, queridas”, ofreció la anfitriona.

En el huerto, un poco apartada del caminito, colgaba de la rama, una pera de agua gigantesca en forma de cruz invertida y amarilla. Ella pidió a una sirvienta que la tomara para traérmela a casa. Pero, al recibirla advirtió que estaba pixelada, y la tiró.

i

Era una feria medieval desordenada y sucia. Allá llegó este forastero vestido como nadie hasta entonces. Se agenció una rústica mesita y puso en ella fajos de dólares recién retirados del banco. Los vendió todos.

María

Pocos saben que ese portón desvencijado semiabierto, con marco de piedra, y remendado de cemento donde la piedra se perdió, enfrente del colegio Bolívar, en la calle Sucre, lleva a un mundo religioso vasto y ruinoso.

Hay tres grandes plazas, todas con iglesias de dimensión catedralicia en cada uno de sus cuatro lados, construidas en tiempos remotos, que forman un conjunto ecléctico. Sólo transitan esas plazas, fieles concedores, algún litigante y turistas extraviados. Cada nave de estos grandes y desportillados edificios está dedicada a vírgenes y santos, llena de reclinatorios empolvados y repletos de plumas y deposiciones de palomas y ratones.

La más visitada es la Virgen de la Basura, en una nave medio oculta y oscura. Ya no es posible reconocer los rasgos de María; sólo queda de

ella una cabeza devastada por la necrosis sobre un cuerpo esquelético que se desplomará antes de que se publique esta nota. La virgen está flanqueada, protegida se diría, por los cadáveres de dos grandes perros lanudos, blancos, resecos, pero que todavía conservan la hediondez de la carne putrefacta; retablo, bancos, pilares son inminentes escombros y lo que preside esta sentina de decadencia es el profundo olor a carroña de carroña.

Cuando ya me voy, en el atrio me topo con el carpintero, colega cuando trabajo en alguna obra de construcción. Luce un aspecto espléndido. Se lo digo y me responde que la vida lo trata bien. Eso se ve en su rostro terso, la barba bien cuidada y su ropa de marca. "Sí, desde que me divorcié", creo oírle decir cuando alarga su boca fruncida hacia el sitio de la Virgen de la Basura.

Ele paretido

La cancha tenía forma de L, de manera que los arqueros no podían verse entre sí, pero eso era lo de menos.

El centrocampista de uno de los equipos era el papa Juan Pablo II que pugnaba, fatigosamente y luchando contra su sotana y su robusta humanidad, por recuperar pelotas en su campo y encauzarlas hacia los delanteros. Él era el más esforzado del equipo por esto de avanzar sin saber qué le esperaba a la vuelta de la esquina.

El público corría más que los futbolistas, para no perderse jugada.

Julio/17

Es el acto del aniversario del fin de la Primera Guerra Fría Mundial. Preside un tipo disfrazado de Julio Cortázar, con un atuendo que no engañaría a nadie, pero muchos se acercan a saludarlo como si fuera el autor de Rayuela. Su pelo teñido es evidente, como su barba que literalmente se le despega. Él, muy satisfecho, saluda y dice frases aprendidas que son respondidas con frases aprendidas. También son evidentemente muy postizas las genuflexiones de sus interlocutores, entre los que sobresalen viejos lectores y críticos literarios exrevolucionarios con su pasado bien olvidado, muy elegantes, a pesar de su pequeña talla.

Provecho

Osorio tenía hambre; yo sabía que en la casa del Paco esperaba un banquete al que no estábamos invitados, que había papas fritas cortadas en redonditos muy delgados como guarnición de carnes asadas, y otros manjares. Aparecimos los dos dentro de la casa, e insté a Osorio a que comiera porque se veía que estaba muerto de hambre. Se animó, entonces, y entró en la cocina. Cuando lo estaba haciendo, vi en el patio al Paco (yo vigilaba desde la puerta de la cocina). Fui a su encuentro diciendo en voz muy alta: Hola Paco, aquí estamos con Osorio... Osorio salió apresuradamente de la cocina, con el enorme bolo alimenticio todavía en su boca, y saludó como pudo. Al instante, Osorio ya no estaba allí y quedamos el Paco y yo. Él preguntaba por la llegada de Osorio, si lo había visto, le dije que sí. Y siguió, esto:

Paco: Y... ¿siquiera ha preguntado por mí, cómo estoy, si como bien, si mi alimentación es balanceada, si he partido a un viaje luego de haber desayunado?

Y así siguió con sus preguntas que eran, en realidad, reclamos a su amigo recién llegado, todas referidas a la comida.

En eso también yo desaparecí y quedó sólo el Paco con su perorata a distancia, en contra de Osorio.

Al cabo de un rato, el Paco sabía que Osorio había estado aquí comiendo su comida.

Sí, le dije, en mi nueva presencia, por supuesto, además, que preguntaba por él a cuanto conocido se le cruzaba. Entonces, ocurrió que el Paco comprendió que yo no había participado en el asalto gastronómico, sino que fue sólo Osorio el sorprendido comiéndose sus viandas. Un poco más tarde, el Paco, con un puñado de esas papas redonditas fritas en la boca, no pudo decirlo en voz alta, pero se dio cuenta de que apellida Osorio y es hijo único.

Solipsismo

Allá en el horizonte sur, veo el instante en que las nubes forman ese rostro antiguo de Eolo soplando con los cachetes inflados, copia perfecta del impreso en un texto más antiguo que mis abuelos. Tan popular, que *es* Eolo.

Camino a Concepción de Chiquitos, saltando dentro de una Izuzu de los años 70. Entre el polvo que levantamos, alcanzo a ver, mimetizado entre un matorral olor a marfil, a uno de los elefantes zancudos de Dalí, formado por lianas y bulbos que por un instante se han alineado para mí, con este propósito.

La exclusividad de esas imágenes me otorga mi identidad de individuo, pero las que cazan los demás, también muy personales, mi ser social, decía el catedrático, cuando comencé a dormir o a despertar.

ii

Un charco de lágrimas que nadie había llorado.

Urbanidad

Se robó una calle para ponerla en el patio de su casa. Era de fachadas de madera tallada y pulida, que mostraban rostros y bustos indígenas.

Los dueños de las casas le persiguieron, sin ninguna cortesía, hasta obligarle a devolver la calle a su lugar.

Cadenas

Había unos cinco o seis operarios, eslabones de la cadena de producción. Cada uno hacía una labor muy específica, tanto que literalmente podría ser extraña a las demás, que sólo se relacionara con las otras por el solo paso del producto.

Por ejemplo , el encargo mío era el de serrar un canal a lo largo de la barra de madera o carey. Mi herramienta tenía dientes blandos y la afiladora a la que acudía por orden del capataz, ni siquiera los tocaba. Esto hacía que mi labor podría ser eterna, si no hubiera la orden, recibida con intervalos irregulares, de pasar el producto al próximo operario.

Es decir, después de un rato la pieza se iba esfumando dentro del vapor del taller, llevada por la mano de un colega. Podía entrever al hombre y su instrumento, trabajando: lijaba

la barra con un objeto igual a los tubitos de cartón del papel higiénico, antes de pasarla a otro obrero. Éste recibía la pieza que, yo sólo imaginaba, era tratada con alguna lima, digamos, de cierto cartílago insustancial. Y así, sucesivamente, hasta cerrar la cadena productiva. Se depositaba, entonces, la pieza lista en un cajón, de donde la sacaban para ponerla otra vez en circulación. Y así, *ad infinitum*.

En uno de los pases, y antes de que desapareciera en la bruma pregunté a mi compañero:

- ¿Has pensado en dejar este trabajo?
- Ni en sueños.

iii

Los ancianos de la tribu bebían el jugo de esa planta cuando solicitaban la muerte. Esta tisana, que recibían como un honor, les proporcionaba un bienestar absoluto y la completa exculpación de todo cuanto habían hecho en su vida, de lo bueno y lo malo. En el final, habían recuperado la inocencia y afrontaban la muerte sin miedos ni esperanzas.

En otras tribus, los médicos llaman a este estado, alzheimer

La muñeca

Llamaba el amo. Dejó la azada y corrió a presentarse en la casa, descubierta la cabeza y en actitud sumisa. El hombre grueso y grande se levantó el faldón y se sentó, observándolo. Él percibió una mirada condescendiente, no la cotidiana de desprecio y poder. No, esta vez la tez rosada de su dueño se reblandecía en un gesto casi humano, lo cual le era muy raro. Luego de haberse atrevido a mirar esa cara, esperó la orden con los ojos fijos en el único sitio suyo, eventual, en la Tierra: donde estaba parado. Esa única propiedad ambulante que acompaña toda la vida, como la sombra, a los que nada tienen ni tendrán.

El amo carraspeó y le dijo que había notado que tenía cierta habilidad manual en modelar y tallar juguetes para sus hijos y los hijos de sus compañeros; tomó la vaquita de la mesa y le

preguntó si él la había hecho. Respondió un casi inaudible "Sí, patrón". Era la réplica de una vaca y se diferenciaba de otros animalitos de juguete por ser menos rústica y más detallada.

El patrón dijo qué bien. Mira, quiero que me hagas una muñeca grande, del tamaño de la hija de la cocinera, la mayor. ¿Cuánto tardarías?

Digamos que te doy las tardes libres desde las cuatro... Pero, la quiero con todo detalle, ¿entiendes? Él se atrevió a mirarlo con curiosidad. Una muñeca grande con todos sus detalles... La cara que encontró no tenía ya expresión. Era la que mandaba, la degenerada, la del rictus del poder.

- Sí, patrón.

- Sí, patrón qué.

- La haré, patrón

- En cuánto tiempo, la necesito para agosto y estamos a fines de mayo.

- Ya patrón

- Desde mañana, entonces, sales a las cuatro. Otra cosa, no debes decirle ni mostrarla a nadie.

Se levantó con esfuerzo y lo despachó con un gesto despectivo, como si le hubiera agotado tanto gasto de amabilidad.

Él reunió sus herramientas: cuchillas, yunque, sierras, martillo, todo rescatado de los desechos de la casa, y se dispuso a fabricar la muñeca. En lo más recóndito de su consciencia, donde la vigilancia del patrón y de su dios no alcanzaba, se permitió unas bromas que se tradujeron en furtiva sonrisa: una muñeca grande, con *todo*... Qué será, el amo tiene más de una mujer, para qué quiere una muñeca, con *todo*.

Tardó un mes. Arcilla de la mejor, paja, papel y trapos, mezcla de yeso y algo de arena, armazón de madera y alambre, grasa animal, el *todo* lo hizo con medida, con delicadeza, receloso de que el patrón descubriera su mofa, su odio; redondeó unos senos y nalgas modestos, piernas vulgares. Le puso un rostro de mujer blanca con algún rastro indígena. No pensó mucho en el modelo que le señalara el patrón porque el resultado habría sido excesivo, no se habla ni indirectamente de sexo con los amos. La pintó del color de la gente propietaria, las zonas más suaves del pelo de los animales de la hacienda le proveyó el cabello para la cabeza y algo para *el todo*; la boca roja y las mejillas coloreadas: estaba lista la muñeca del amo. Al verla así, completa y casi viva, le invadió un sentimiento de amor por su obra, tuvo ganas de

abrazarla, le confundía ser el creador y que la usara otro, aun si ese fuera el amo. La poseyó con ardor y venganza; luego la limpió y restauró su acometida.

Recién entonces fue a anunciar que había terminado. Cuando el hombre grande entró al cuarto de depósito que había servido de taller, se encontró con la figura tapada con un gangocho. Él la protegía de la mirada de los otros trabajadores y de su propia familia. Felizmente todos trabajan y no tenían tiempo ni fuerzas para andar por ahí curioseando. Además, le avergonzaba un poco semejante encargo.

- Descúbrela.

Quitó la cubierta y esperó expectante. Si hubiera alzado la mirada, habría visto el recorrer de los ojos verdes, desde la cabeza a los pies de la escultura; cómo se detuvieron en el *todo*, la sonrisa salivada de ese instante.

-¡Caramba! La has hecho completita. Pero no necesito estos agujeros- Mandó taparlos y se fue a la casa con una pizca de arrepentimiento: Era tan real. Quizá habría podido...

El peón volvió a su rutina de trabajos forzados, de sol a sol, de sombra a sombra.

La cocinera le contó, un domingo que volvió del pueblo, que el patrón paseó, en un desfile, a su muñeca, en hombros de principales del pueblo. Le dijo que iba muy linda con unos trajes bordados de oro y corona de plata, y que el amo, con su elegante sotana de viernes santo, iba orgulloso entre humaredas de incienso, mientras la gente se persignaba y lloraba ante la imagen de la aparición de la Virgen Santísima.

v

Preguntó enojada ¿por qué el cuarto signo de apertura de admiración es más importante que el sexto del de cierre de interrogación que picotea la A?

No es nada, tuvieron que calmarla, es sólo que hubo más personas de las esperadas en la cola.

vi

Llegó y comenzó a cortar el mantel como si fuera una chuleta. Ella no le llevó el apunte. Él terminó por comérselo.

vii

Salió de su útero de carne, se vio conducido a la suciedad de la iglesia, le llovieron las babas de la escuela, se fue a bañar en la inmundicia de la universidad, tuvo que revolcarse en las heces del trabajo, huyó para meterse en su útero de tierra.

Esquina del mundo

El raro repetía su historia, había ido a Europa a pie a través de la selva amazónica, más de una vez.

Las audiencias, cada vez más escasas, se reían de él.

Contaba que había partido de Trinidad y adentrándose en la jungla con provisiones para dos días porque siempre encontraba ayuda y alimento. La parte de su relato (y del viaje) relativa a un infinito Valle de la Luna sin sendas ni caminos pero con pueblos en ruinas y museos nuevos, a 6 € la entrada, a los que llegaban esforzadamente grupos de peregrinos, estaba tan vívidamente descrita por el viajero, que mantenía la atención de sus oyentes. Al llegar a Europa, comenzaban las risas y luego lo despachaban con la música a otra parte. Alguno le exigía pruebas, pero, por favor, ya no las fotos

viii

Los 38 planetas del sistema solar ya son un peligro para la Tierra, dijo el showman. Entonces comenzaron las reuniones de los veraneantes de las cabañas del campamento en Viareggio, que se fueron cirniendo hasta formar el grupo. Ellos simulaban saber qué pasaba y pasaría y se guiñaban entre sí como único lenguaje. Los otros les preguntaban y aquéllos respondían con el silencio de las sonrisas desdentadas.

ix

Se celebraba el Día de la Tijera, menudeaban felicitaciones por las redes sociales y decidieron llamar a un concurso. El ganador, que se hacía llamar Fellini, filmó la caza de un peligro: el gusano que asolaba internet. Lo derribó una lanza de sombra, pero la presa resultó ser una pelusa que se partió en dos peces que boqueaban en el suelo.

x

Despertó para ver el árbol de flores con su marco azul de invierno, dentro de su habitación. Se le había quedado pendiente en el sueño.

xi

El Soprano, le dije al Coco mientras esperábamos en la fila para votar. Él, siempre espontáneo, estiró el cuello, miró a los ojos de Gandolfini y no pudo no darle la mano.

Sogno

Llamaron “maquinista de escribir” al programa porque les pareció evidente y linda la relación del tren con la radio. Además, para la denominación había colaborado la canción que les gustaba escuchar con los primeros sorbos del chianti de los sábados, esa de *macchinista, macchinista faccia sporca*.

Creían que hacían una especie de programa multimedia con instrumentos “de fierro”, como le decían a la sobrevivencia de la revolución industrial, poetizada.

Tendrían que escribir una introducción lo más moderna posible y luego el texto literario, que debía ser un cuento corto inédito y, finalmente, elegir una canción, aquí entraba Anna Identici.

Todo había comenzado como un trabajo práctico para vencer una materia en la U.

Como él se esforzaba por recordar sus sueños y había tomado la costumbre de anotar los que más le gustaban, y algunos escribirlos en forma de cuento, se propuso soñar más, y más largo, para tener material porque su compromiso con la radio era diario.

Se imaginó siendo escuchado por cientos o miles y eso activó su responsabilidad.

Su problema fue, creyó al principio, cómo hacer , cómo soñar algo interesante cada noche y, encima, relatarlo.

Se la pasó durmiendo a cada rato, hasta que nunca más despertó.

Dormidito se ha ido, explican en su casa.

El Cóndor no pasa

El periodista la había pedido una entrevista. Esos días aparecieron varios bebés robados por los represores de la dictadura de Videla y creyó oportuno publicar una entrevista con una que ya tenía como un año de rescatada del infierno de haber vivido décadas con quienes la robaron recién nacida y asesinaron a su madre. Sí, sería una gran historia, mientras otros diarios rebuscaban datos de los nuevos, siempre inasibles y confusos. Necesitaba esto.

Ella no quería saber nada de entrevistas ni de publicitar su drama, sólo quería desaparecer, pero por alguna razón, aceptó.

Se había ido a vivir a la finquita que heredó de sus abuelos verdaderos, lejos, en la Pampa, y decidió no salir de allá nunca más. Sentía asco de la gente, de sí misma, de todos, a quienes les atribuía culpa directa o indirecta de esto que

consideraba una muerte, con su "liberación" incluida.

Pensaba en los condenados injustamente por crímenes ajenos, que habían pasado años en las mazmorras y de pronto una revisión de su causalos había declarado inocentes. Liberados, miraban su juventud robada, pero eran libres y conscientes de su odio de cada hora pasada en prisión, odiaban desde el primer instante y reconocían con nitidez a los que les hacían esto. Para ella era peor: había amado a sus verdugos.

El odio hacía libres, el amor, no.

Ella les había "regalado" dos nietos, se había casado con uno de esa clase que aún defendía la dictadura cuando ya estaba vencida, también a él le quería, le creía.

Con su marido, aquellos padres, sus hijos, y sus amigos, había aborrecido a activistas, políticos y jueces que acosaban a su familia; siempre al lado de aquel padre, apoyándolo, queriéndolo, haciéndole sentir su cariño. Hasta que las pruebas llegaron irrefutables, el ADN, los testimonios, las fotografías tardaron meses en convencerla. Primero se negaba, resistía, hasta que se rindió.

Sus hijos, no. Ellos siguen perteneciendo a esa familia, firmes, enfrentando la deshonra; su madre, ella es la traidora.

No, no hay nombre para lo que me hicieron. Aquel condenado injustamente puede ser feliz, a mí , me mataron. Recuerda que quiso suicidarse, pero cayó en la cuenta de que ya estaba muerta. Se dice todo esto mientras camina a la pequeña plaza del pueblo cercano, para encontrarse con el periodista. Lo ve desde lejos, es inconfundible: chaleco con muchos bolsillos, una cámara colgando del cogote, pagado de sí mismo, importante. No ve en él ni comprensión ni compasión, sólo avidez, los ve a todos.

Él le da la mano; ella, un balazo.

Gastronomía

Ese restaurante en el campo. El más pobre, el más pequeño, el más rústico. Decir de este cuartito cuadrado que tenía dos metros por lado, sería un exceso, tendría, apenas, metro y medio. Las comensales, todas mujeres viejas, flacas y atractivas; sus huesos, alambres de tender ropa, de donde colgaban sus pieles, estaban distribuidas apoyando las espaldas en las paredes de barro y ocupaban los cuatro lados.

La comida, llena de pelos y gusanos, muy apetitosa, la comían usando las manos.

Nadie podía salir, pero había un fondo, que se abría como una habitación, donde se iban las mujeres y hacían su pequeña orgía con turistas. Luego volvían y aquel cuarto desaparecía.

Todas recuperaban su lugar en las paredes, incluso la muerta.

Historia plegable

El *palazzo* rojo en una Venecia sin canales, más parecida a Florencia, pero *es* Venecia.

El material de este vasto edificio es sólido y noble; el tiempo lo descascara y donde deja ver su entraña, alumbra el rojo renovado.

Un patio muy grande decorado con estatuas de piedra, esculturas de dioses y reyes olvidados. Llega Julio César saludando a los ciudadanos romanos que se han asomado, dándoles la mano. Uno lo asesina y César cae con la mano todavía alzada cuando su cadáver se convierte en estatua de piedra que es rápidamente colocada en un pedestal: ha aumentado el número de esculturas.

El monje contempla esta escena y nadie repara en él, luego ve cómo un paria es muerto por un esclavo, en el suelo su cuerpo se esfuma y

el religioso recoge los trapos que han quedado de aquél y se percata de que son la camiseta y el chaleco de Cantinflas. Se los pone. Entonces, recita su frase:

“La máquina no opina”

Ring con mantequilla

El teléfono suena. Cuando quiere levantar el auricular, es un pan, una marraqueta. Le habla: No solo cuando tengo hambre te quiero, sino cuando solo estás en mi mesa y me acompañas; me das una clara seguridad, una felicidad. Si ya duermo, te sueño ahí y, aunque me apena que te endurezcas en las horas que no te como, sé que sabrás encontrarme siempre contento de volver a ti.

Cuando regreso de la panadería no puedo no estar alegre; aunque tenga una pena, incluso una de amor, tú me haces olvidarla. Y en el desayuno, con el cafecito, eres mi mejor banquete, lo mismo que con una buena sopa. Los últimos centavos que rasco en mis bolsillos son tú, pan.

El tenerte, pan, me respalda y equilibra, evita que me caiga , desorientado o enloquezca. Tu

aroma es el mejor perfume de mi casa, de la calle, de la ciudad y del mundo.

Quería decir más y mejor, pero el teléfono, que volvía a ser teléfono, chilló con una voz muy cochabambina, que dice la S con diente, lengua y labio, casi una F: ¡Quién mierda e está hablando efaf cojudefes, aló, aló!

Modelos

El resplandeciente auto blanco, un Buick 1940, llega a la esquina, viniendo del sur. El chofer desconocido me mira con simpatía y cierta familiaridad, quizá con lascivia. Entonces me acerco; he tenido un sueño inquietante y quiero deshacerme de él. Creo que si lo cuento lo conseguiré.

Se lo cuento: El río Rocha es profundo y allá abajo se siente el rumor de su maciza corriente. Su ribera sorprende a los recién llegados luego de una curva cerrada. Todos se despeñan por el abismo. Desde la orilla los vemos cómo son tragados autos y pasajeros entre ayes desesperados. Yo puedo ponerme en el papel de policía de tráfico, para evitarlo, pero me apenaría interrumpir el espectáculo. Lloro avergonzada.

- Señorita, es solo un sueño- trata de consolarme
el del Buick

- ¡Pero, éste también!- le grito.

xii

La calle desemboca en un mariachi

xiii

La niña triste de unos cinco años, del tercer piso, hoy sonriente, recibe a su vecino que vuelve del trabajo:

-Hola, ¿quieres que te diga una cosa? Hoy, mi mamá ¡no me ha pegado!

Visión

Él y J. la esperaban en la esquina, a una cuadra de donde ella estaba, J. por cosas del trabajo y él por asuntos del amor. Ella estaba haciendo una entrevista en aquella casa y, mientras esperaban, tomaban té en una silla como si fuera mesa, en medio de la calle.

Ella salió, con su inconfundible chompa de presidiaria. J. lo alertó. Allá está.

Él la vio cruzar la calzada y caminar por la calle que se perdía. Alcanzó a ver la sombra de una mujer que saludaba con un beso a otra sombra. Quedó helado. Entonces, J. le dijo está en la esquina. Efectivamente ella estaba todavía ahí y llamaba por su celular. Él supo que marcaba el número de una sombra.

NY

Robert de Niro, está trabajando en su casa, en Manhattan. Tiene una de las pocas que quedan con "suelo", dice. Quiere decir que no vive en un departamento sino en lo que se llamaba "casa junta", una con jardín en la Tierra.

Ahora pone unos alambres enroscados con pequeños puñales para herir, o disuadir, a los intrusos. Quieren expropiársela.

Sé que tiene una mascota que se siente incómoda con su lucha contra la alcaldía de Nueva York y calculo que quiere deshacerse de ella.

Se lo pregunto a gritos cuando aparece por encima del muro. Me responde que sí. Duda un poco, y llama ¡Mascota! Unos segundos después aparece un hombre que tiene pinta de paquistaní, le dice ese de allá te busca.

Sale Mascota y caminamos por la acera llena de árboles. Sin más preámbulos le digo que no tengo mascota y quiero adoptarla, ya que Robert no tiene tiempo para ella. Me pregunta por qué la quiero. Le digo que he visto un documental en el que un ciclista explica las circunstancias que le llevaron a inventar el correr cargando su bicicleta.

Mascota me mira pensativo y decide: sí, vámonos.

Miau+miau

-Por favor, dame papita – me despierta el gato.
Sé que está a mi cargo y debo alimentarlo. Busco por la cocina que tiene alacenas infinitas, le ofrezco carne, leche, pan, avena, y otras cosas... , las rechaza. Su voz me dice que él quiere papita.
Desesperado, me vuelvo para pedirle perdón, que no hay papita, pero solo encuentro mi sábana.

La gula onírica es una pesadilla.

Los libertadores

Soy artista, pintor, especializado en dibujo y óleo. Por esa razón me buscó y contrató Antonio José, quiero decir, el señor Mercado.

Me encargó un cuadro al óleo, de Los Libertadores cruzando la Cordillera de Los Andes.

Sus indicaciones eran precisas, las medidas de la tela 3 X 2 metros; un cuadro horizontal grande, hasta me trajo una fotografía del paisaje sobre el que debían estar las figuras a caballo, sin tropa. Dijo que tenía urgencia y me ofreció una buena suma de dinero, quizás demasiado.

Lo terminé en unos tres meses; con los detalles que me pedía y los retoques, pasarían unos cuatro meses.

Mercado quedó muy satisfecho, pero yo más todavía. Creí haber logrado lo que busqué en mis largas décadas de oficio: un cuadro *vivo*.

Medio año después del encargo, me llamaron de la Universidad para invitarme a una ceremonia de presentación de la obra; también me llamó Mercado para decirme que él había gestionado este acto y que con él su cuadro subiría de precio, la vanidad me llevó a aceptar.

En el acto habló el Magnífico Rector exhibiendo ignorancia y prisa, un historiador hizo la reseña de aquel momento "cumbre" y yo un acercamiento técnico y artístico. A última hora se coló el presidente de la asociación de artistas, pero ya nadie lo escuchó: "... un aporte de la comunidad artística a nuestra querida alma mater..."

Todo transcurrió muy bien. Salimos todos contentos del Aula Magna. Entonces Mercado se acercó para decirme que alguien le había soplado que la Universidad intentaba apropiarse de la obra porque funcionarios aducían que, con la ceremonia, algunas afirmaciones en ella y el contenido confuso de una carta suya, habíamos comprometido tácitamente la propiedad de la obra en favor de la UMSS.

Al día siguiente nos pusimos en campaña para recuperar el cuadro y devolverlo a su legítimo dueño, el señor Mercado. Reunimos todos los papeles que pudimos, el contrato, el recibo, los

bosquejos, fotografías, certificados; una semana más tarde fuimos a la Universidad y luego de un trámite enmarcado en caras agrías, y con la ayuda del Rector, que era amigo de un amigo de Mercado, pudimos llevarnos el cuadro, con mucho esfuerzo ya que nadie quiso ayudarnos. Ambos pasamos de los 75 años. La imagen de nuestra operación debió tener algo de divertida y patética: dos viejos transportando a toda prisa un gran cuadro de Los Libertadores, a través del campus y con cierto aire de ilegalidad, pero como se sabe hay casos en los que al más advertido se le va la presa. Incluso tuvimos que pasar por las oficinas de la FUL y solo arrancamos sonrisas de los aguerridos que, si hubieran reflexionado, habrían averiguado quiénes eran esos ladrones... pero así somos los humanos, como nos hace ver muy bien Edgar Allan Poe.

Mercado, muy agradecido, me invitó a su hacienda en La Cumbre, para pasar unos días. Le prometí que iría en una semana, más o menos. Me dejó las indicaciones de cómo llegar, y nos despedimos. Creí que ahí terminaba todo, pero no fue así.

Quince días después, mientras yo meditaba mi falta de ideas ante un lienzo en blanco, me

trajo a la realidad el timbre del teléfono; era él. Me reclamaba mi incumplimiento de lo que él consideraba un compromiso. Estaba esperándome en La Cumbre.

Me volví a la tela y esa ausencia me decidió: llegaría a su hacienda el miércoles.

Partí el lunes; seguí sus instrucciones respecto al bus, trufi y colectivo. El miércoles en la tarde llegaba exhausto después de tantas escalas y transbordos. Mercado me esperaba con los brazos abiertos y eso me reconfortó.

La casa de hacienda, que estaba en el mismo paisaje del cuadro que él me había provisto en esa foto vieja, era amplia aunque no muy grande, solo usaba las habitaciones necesarias para una persona sola; me fue destinada la de huéspedes. Luego de una cena frugal caí en la cama y dormí como un niño. En el salón estaban Los Libertadores, imponentes; antes de irme a dormir los miré admirado, como si otro artista mejor que yo los hubiera creado.

En la mañana temprano salí de mi cuarto y encontré a Mercado bien bañado y haciendo el desayuno. Entonces nos dimos el verdadero abrazo, aunque para mi gusto, me estrechó con alguna exageración, a mí que suelo pasar por

una persona si no hosca, sí reservada. Pero, a pesar de esto sentí un gozo sobre el que no pensé más esa mañana.

Durante el día me explicó que el problema con la universidad no había acabado y, más bien, se había complicado. Los burócratas de la Dirección Financiera habían elaborado un casi complot contra el rector acusándolo de enajenar bienes públicos. Mercado recibía cartas notariadas con cierta regularidad que contenían reclamos, ruegos y conminatorias para devolver el cuadro de Los Libertadores, y eso le preocupaba. Inferí que yo había sido invitado a La Cumbre con un propósito más práctico que la amistad y gratitud declaradas por Mercado, pero qué equivocado estaba.

Esa noche se esmeró en preparar una mesa abundante y variada con unos vinitos del valle que se veía los días claros, allá abajo y lejos. Mandó a guisar un brazuelo de cordero, insuperable. Comimos y bebimos hasta alegrar el cuerpo y el alma. En la sobremesa nos pusimos melancólicos y entusiastas, alternativamente, como suele suceder con los ebrios; emergieron las confesiones. La más sorprendente de él fue que hacía muy poco había "salido del armario". Al principio no entendí lo que me decía, pero

luego de una explicación tomándome la mano, y el recuerdo de haber oído esa expresión, comprendí.

No soy alguien prejuicioso, un artista no debe serlo, pero la noche, la bebida, la soledad de esa casa y esa confesión, me sobresaltaron y me llenaron de un temor vago; como si temiera ser violado. Él adivinó mis recelos y sonrió, dejó mi mano y tomó otros caminos de conversación. Seguimos bebiendo, ya más tranquilos, pero curiosamente me sentí desairado por algo que quizás esperaba sin admitirlo. Era una estancia muy acogedora y lo fue más cuando nos trasladamos al cómodo sofá debajo de la ventana que mostraba solo la negra noche, y enfrente de Los Libertadores.

No, no dijo nada más acerca de su armario, pero sí lo expresó con gestos. La luz mortecina y el singani ayudaron. Entre risas y bromas se acercaba cada vez más tocándome el muslo sin que yo se lo impidiera. De ahí hasta llegar a los abrazos y besos y las erecciones compartidas fue un fluir natural. Yo me abandoné pensando para mí que estaba siendo seducido, lo cual de alguna manera me liberaba de culpa. Alcé los ojos por el éxtasis y me encontré con los de Bolívar y Sucre.

Cuando desperté la mañana siguiente estaba tan horriblemente avergonzado que no quería salir de mi habitación. Luego, sentí unos golpes amables en la puerta y cuando la abrí, ahí estaba él con el rostro sonriente, pero estragado por la borrachera de anoche. Me dijo con cortesía y respeto que comprendía mis sentimientos y que a él le pasó igual cuando reveló su inclinación sexual, pero vamos a tomar un buen desayuno, ya habrá tiempo de hablar de estas cosas. Efectivamente fue un suculento desayuno y nos propusimos ir a dar un paseo por los alrededores.

Es el Altiplano el reino del viento y de la luz; el pintor que nunca me abandona sintió un ramalazo de felicidad al respirar este aire delgado que permite a las cosas mostrarse tal como son, sin una mota de bruma que deforme estructuras o empañe colores. Mis ojos saltaban del cielo profundamente azul a la tierra marrón que crecía como colinas o casas, las nítidas formas de las piedras, las hierbas de brillante y modesto verdor, como se habían creado a sí mismos durante millones de años. La naturaleza era esta, la verdadera, la ofrecida a mis ojos. Creo que lloré de felicidad al conocer el mundo sin velos, sentí un abrazo

que devolví agradecido. Volvimos a la casa y comimos un segundo corderito con su malta que nos despertó otro apetito, que saciamos ya sin vergüenza ni apuro, como dos amantes que se descubren demorándose en cada resquicio, borrando las timideces, y pliegues en nuestro caso, con decididas y delicadas caricias.

Lo habíamos hecho otra vez en la sala que dominaba nuestro cuadro. Quise creer que la mirada de los próceres era de una aprobación cercana al beneplácito.

Por un instante creí ver en aquellos rostros la imagen de los nuestros, como si mis personajes estuvieran adquiriendo algo de nuestros rasgos. Deseché la idea por absurda.

En esos días comenzamos a convivir como pareja, descuidada de las opiniones de los demás. "Los demás" era doña Amelia, la tendera que vendía abarrotes en un cobertizo que llamaba tienda, era, además, la cocinera ocasional de la casa. Su perplejidad del principio fue reblandeciéndose hasta el aprecio y la comprensión, que ya quisiéramos de otros. Allá en el pueblo; que estaba a unos pocos kilómetros o nadie sabía nada o lo disimulaban muy bien; después de todo Mercado era rico y el mejor cliente para cualquier negocio.

En esos días, el "señor Mercado" ya había cambiado su nombre de pila por "Antonio José". Cuando habíamos hecho el amor por primera vez frente a ellos, me refiero a Los Libertadores, encontramos, encontré, lo dije, cierto parecido con nosotros. Se lo conté a mi amante, lo que le ocasionó una carcajada seguida de un ataque de tos, pero desde entonces luego de cada lance amoroso, nos acostumbramos a observarlos con más atención. Efectivamente, se parecían cada vez más a nosotros. El avance de este cambio en el lienzo era más notorio si ellos *veían* nuestros transportes eróticos.

Cada día más atrevidos, fornicábamos a cualquier hora y en todo rincón de la casa. Nos parecía, seguramente, que no asechaba la Parca sobre la pareja de septuagenarios, sino la despedida de Eros.

Ni pensar en volver a la ciudad, a donde llegarían ciertas noticias que no nos interesaba conocer o explicar, aquí se estaba bien, era nuestro hogar. Allá ya no existía ninguna ciudad ni batalla.

Nuestros encuentros no tenían la tristeza que un profesor atribuiría al amor de dos ancianos; no, eran felices, alegres y hasta divertidos. No recuerdo haber gozado tanto desde que era un chiquillo de la edad de mi nieto, con el "plus"

(palabrita de mi yerno) del desasosiego y vaivén del mar picado del erotismo y de la playa somnolienta del reposo del amor. Y mucho más, por supuesto, pero no soy escritor, sino pintor.

Cada dos semanas llega puntualmente el correo y no falta en él una carta de la universidad o del Juzgado, referida al reclamo de la obra de Los Libertadores. Al principio las leíamos y respondíamos con argumentos más o menos legales; pero su recurrencia nos hartó porque perturbaba insidiosamente nuestra decisión de morirnos de amor. Entonces resolvimos utilizar estas cartas como parte de nuestros juegos eróticos. Esperábamos ansiosos la llegada del sobre que nos turnábamos en leer. Uno lo abría y leía instrucciones para nuestro disfrute sexual, mezclándolo con la prosa burocrática; leía: señores nuestros, por la presente tenemos el honor de comunicarles que este juzgado ha decidido darles la instrucción de que se despojen de toda ropa que estuvieran vistiendo en este momento y se dirijan al comedor para fornicar sobre la mesa, con el cuidado de no romper piezas de la vajilla, atentamente Corino Salcedo, Diligenciero. En medio de carcajadas y carrasperas cumplíamos al pie de la letra las instrucciones y lo hacíamos como animales

u hombres, aunque eso no estuviera en la carta. Un día llegó una que me tocaba, leí: Por encargo del Magnífico Rector de la Universidad Mayor de San Simón, debo indicar a ustedes que el Consejo Universitario ha decidido por unanimidad pedirles que de manera inmediata cada uno desnude al otro y procedan a realizar el City Night, con este motivo saludamos a Uds. con las consideraciones más distinguidas, firma el Director Financiero y Administrativo. Mercado se reía como loco de mi lectura. Entre hipos me gritó ¡zonza no es city night, es sixty nine! Formamos felices tal cifra, quizás la más simétrica del sexo.

En cada sesión de extravío, los Libertadores adquirirían un poco más de nosotros. Antonio José de Sucre, de Mercado, y Simón Bolívar, de mí. Pasamos, entonces, con naturalidad y decididamente a llamarnos así. Los amantes Antonio José y Simón. Ya no respondíamos a nuestros nombres de armario y hasta doña Amelia tuvo que llamarnos como libertadores.

Antonio José comentó en una sobremesa que, después de todo, también nosotros teníamos algo de libertadores y que esa transposición de rasgos estaba, en realidad, efectuada por nosotros, por nuestros deseo y rebelión.

Estuve de acuerdo con él, pero como pintor y autor del cuadro, reconocía sin lugar a dudas que los trazos de los rostros de los Libertadores cambiaban físicamente y no lo hacía nuestra imaginación, como Antonio José sugería.

Otro día, cuando cumplimos la orden de enderezar nuestros bastones, como llamábamos a las tiesuras de nuestro mediodía, vimos que el cambio en el cuadro se realizaba con nitidez y a nuestra vista. El resultado fue que las facciones de los Libertadores ya eran las nuestras. Esos rostros, que contemplamos desde la desnudez, se habían avejentado hasta alcanzarnos y ser idénticos a los nuestros. Emanaba de ellos alegría, amor, impaciencia, todo lo bueno que habíamos intentado poner desde que Antonio José me atrajo a La Cumbre.

Vimos en el cuadro lo contrario a lo que Dorian Gray veía en su famoso retrato.

Los Libertadores no lograron cruzar juntos la cordillera, llegaron aquí y quedaron varados, dicen que por el frío y las nieves. Volvieron a la Historia, pero no a su sino íntimo.

Quizás estemos cumpliendo el destino y el deseo de Simón Bolívar y Antonio José de Sucre.

El sueño, aparato digestivo de la memoria

El hombre que no es Shakespeare es incapaz de vivir con la inconmensurable y nómada memoria de éste. El que la tiene, para no volverse loco, para no convertirse en otro, debe deshacerse de ella. Curiosamente no necesita utilizar argucias para librarse del mal y donarlo. Simplemente ofrece si se quiere tomar la memoria del autor de *Romeo y Julieta*. El beneficiario puede dudar de la veracidad del insólito ofrecimiento, pero rara vez lo rechaza.

Al cabo de unas semanas, digamos, abrumado por el portento, lo regala al primero que se cruza en su camino, o al que contesta el teléfono elegido al azar. Esto ocurre en el cuento de Borges, resumido groseramente y despojado de simbolismos. Es decir, para efectos de este escrito.

Y así, en algún lugar del mundo hay un hombre que es propietario de esa bendición maldita... hasta que comprenda que debe soñar.

Pero, para que el cuento tenga sustento, la memoria del genio de Stratford-upon-Avon tiene que ser indestructible, debe estar blindada, como se dice en estos tiempos.

No sólo la memoria de Shakespeare es insoportable, sino cualquier memoria intacta. Si repasamos nuestra vida, sin importar la edad, es siempre demasiado grande, es más grande que nosotros mismos, o lo *sería*, si la conserváramos como la del cuento.

Lo que Borges no sabía (¡o no recordaba!) -pese a que el sueño era, con los espejos y el tiempo, uno de sus objetos favoritos- era que la memoria es algo que se puede borrar (no solo olvidar que ese es un acto antónimo de recordar y los dos viven en la memoria), sino

echarla, como se hace con las comidas que nos tragamos (con la gran parte de ellas que no nos sirve: la *perdemos* por las alcantarillas) y que nuestra mente tiene un aparato digestivo para hacerlo: precisamente, el sueño.

En los ojos de una niña -viajábamos en el *micro Q*, amplio como para que los pasajeros todavía

puedan verse entre ellos, sin importunarse-, en esos ojos observé la voracidad con que se alimenta la memoria, cómo ellos son sus mecanismos más frecuentes y útiles.

La mirada de la niña (tendría unos siete años) saltaba de registro en registro con la fresca velocidad de su edad, con avidez inconsciente e irrefrenable. Sus ojos grandes y oscuros recolectaban sin pausa el mundo infinito, mientras que con los ojos de la mente registraba otro todavía mayor que el infinito. Registraba el universo físico y, a la vez, elaboraba con esta materia uno especulativo y más grande, por las asociaciones de las miles de ideas con que ya contaba. Se guardaba todo.

Si multiplicamos todo esto -sólo esos segundos- que pasa a la cabeza de la niña, por los minutos que dura el viaje de Colcapirhua al centro de Cochabamba, y si seguimos con sus registros en la calle, en el colegio, en su casa, no podemos sino aceptar que la muchacha vive una muy fecunda jornada; y si le aumentamos lo aprehendido en los días anteriores, ya nos podemos sorprender del número y variedad de *cosas* que debe tener en su memoria; si continuamos multiplicando, ahora por sus aún pocos años de vida, podemos inferir que vivir

con semejante memoria sería por lo menos difícil. Y si dirigimos nuestra atención hacia este hombre de unos sesenta años, sentado dos filas delante, nos extraviaremos entre absurdas cifras de ideas y representaciones.

Ni la niña ni el hombre son Shakespeare (¡o quizás sí!), pero no “envidiarían” el tamaño de la memoria del inventor del amor dramático.

Se ha escrito mucho de los sueños. La gente quiere saber qué significan, si son “funcionales”, si le dicen cosas de su vida, si le anuncian qué será de ella en el futuro.

Sigmund Freud, Aristóteles y El Curaca Blanco se encuentran en la promiscuidad construida en torno a esta necesidad, a esa ambición.

Todo lo que todos dicen es verdad y a la vez falso. Si sueñas con manos y agua, te dicen unos, te sientes culpable. Culpable de ingenuidad, diría. Si con un tronco atravesado en el camino que impide pasar un carruaje, te dice Freud en su *Interpretación de los sueños*, el tronco Y los demás elementos del sueño se refieren al sexo. Es verdad, también, si te explica el adivino de la esquina que hay un obstáculo para seguir tu vida, una enfermedad, añade otro, o un maleficio.

Casi todos los estudiosos del sueño buscan explicaciones racionales a un hecho tan evidentemente irracional. Es el pragmatismo que los hace sudar para encontrar "la" explicación de los sueños, su significado.

¿Prefiguran el futuro? Seguramente que sí. Una de las más insistentes *confesiones* de los científicos es que saben menos del 10% de las funciones cerebrales y el avance en esta materia es verdaderamente lento. Pues si es así, en el más del 90% restante cabe todo.

Sin embargo, ¿cuántos de nosotros podemos contar que hemos soñado lo que sucedió un tiempo después? Casi todos. Y es plausible, pues los elementos del pasado son los que forman el futuro. Como decía un *soñador*, el presente no existe, es un "lugar" tan pequeño que no tiene tiempo de ser, sólo es un punto de vista hacia delante y hacia atrás... lo que significa que frecuentar el pasado y conocer el futuro es algo muy relativo y, probablemente, posible.

El conocimiento, no ya sólo de la mente humana, que es donde se elabora y guarda, sino de todo el universo, está en pañales. La ciencia sigue siendo una ciencia oculta. Los científicos amoldan su ignorancia a teorías y aseguran que saben, pero

saben muy poco. Los filósofos siguen siendo los científicos del mundo, a despecho de algunos avances médicos y ingenieriles.

Siguiendo las pistas dejadas por algunos podemos decir que la Ciencia debe poder comprender, primero, el destino del ser humano, los famosos *por qué* y *para qué* estamos aquí, pero esta es la gran misión de los filósofos. De allí partirá una ciencia total. Por ejemplo, lo que llamamos ciencias sociales, hoy una sarta de ideas a gusto de quienes las expresan y a medida de los que las atrapan, ¿serán iguales a las matemáticas, tan mensurables y previsibles como ellas?, un sueño que, llegando a las más oscuras interpretaciones, puede parecer el anhelo de los homogenizadores, para no repetir las monstruosas *eses gemelas*, si todo va mal.

Quizás la naturaleza del cerebro es tal que nunca se sabrá todo lo que se pretende saber, y precisamente, esta sea su ciencia: la de no comprender, sino reflexionar... y ese el sino del ser humano.

Incluso es posible pensar que la mente en el sueño es más "inteligente" que en la vigilia, en algunos casos. Libre ya de las urgencias diarias, los cálculos monetarios, de las ambiciones y desventuras, de las ansiedades amorosas, de

lo prosaico de una existencia ordinaria, de lo emocional y lo pragmático, junta elementos de las vivencias psíquicas y materiales, del entorno y de *su* cuerpo, las sistematiza y nos da un mensaje en el sueño. Lamentablemente... no siempre recordamos qué soñamos.

Psicólogos y todos los estudiosos que utilizan los sueños en su trabajo (no los que se duermen sobre su escritorio), ambicionan tener una clasificación de los sueños para poder manejarlos en beneficio de sus pacientes, los unos, de la humanidad, los otros.

Descubrir la funcionalidad de los sueños es *el* sueño de estos médicos.

Los más atrevidos nunca han dejado de lado a Freud, pese a que hasta hace poco la ciencia oficial cantó más de una vez el réquiem a sus teorías.

Se puede decir que todos estos científicos han encontrado, o tienen la esperanza de haberlo hecho, que los sueños -que ellos comprenden o aprehenden-, son los funcionales y que ayudan al tratamiento de sus pacientes, éstos son los "más trascendentes", en palabras de Linda Blair, psicóloga de escalofriante nombre. Los "otros" sueños deben ser los intrascendentes o... los no manejables por ella.

En otras palabras, dividen los sueños en dos: los funcionales y los "no importan porque no los comprendemos".

Entonces, con Linda Blair (las dos) diremos que los sueños inteligentes son nuestro alimento, ergo, los sueños *tontos*, nuestras deyecciones.

Y por esto, puede ser el aparato digestivo mental, muy similar y no tiene que ser diferente, porque no se *bota* todo, sino sólo lo que no es el alimento psíquico.

Y quizás la locura sea la manifestación de la incapacidad de eliminar memoria, en otras palabras, el estreñimiento de la mente, lo cual es posible si consideramos aquel blindaje de la memoria de Shakespeare.

Como todo lo que respecta a los sueños es una conjetura, si nos ajustamos a la experiencia de varias generaciones de onirólogos que han visto derrumbarse una a una sus teorías, quizás sea hora de volver a la simplicidad. Por lo menos hasta que alguien encuentre una teoría meritoria, comprobable en el laboratorio, sobre lo que son verdaderamente los sueños. Pero, por ahora, ese es solamente un sueño.

Mientras tanto, en la vuelta a esa inocencia, volvamos a soñar y recordar lo mejor posible nuestros sueños para contarlos...

ÍNDICE

Prólogo con el café.....	7
i.....	9
Dr. King.....	11
Rx.....	13
Pelinejo	15
Hoyitos.....	17
Milagros.....	19
Le ciel sur la tête.....	27
Turismo en el DF	29
Fruta cybestre.....	31
i.....	33
María.....	35
Ele paretido.....	37
Julio/17.....	39
Provecho.....	41
Solipsismo	43
ii.....	45
<i>Urbanidad</i>	47
Cadenas.....	49
iii.....	51
La muñeca	53

v	59
vi	61
vii.....	63
Esquina del mundo.....	65
viii	69
ix	71
x.....	73
xi	75
Sogno	77
El Cóndor no pasa	79
Gastronomía	83
Historia plegable.....	85
Ring con mantequilla.....	87
Modelos	89
xii.....	91
xiii	93
Visión.....	95
NY.....	97
Miau+miau	99
Los libertadores	101
El sueño, aparato digestivo de la memoria	113

Si nos atenemos al prólogo y al último texto, estos singulares cuentos y relatos han sido escritos por el autor, pero dictados por "otro". ¿Textos tocados a cuatro manos? Sí y no. De todos modos es seguro que este libro tiene muy pocos antecedentes.

M.D.S.